

—¡Qué estúpidos son los hombres!

—¿Por qué decís eso?—preguntó Lorenzo.

—Por nada. Seguid... enamorando á vuestra bella odalisca. Es soberbia, lo confieso... pero nada más... En lugar vuestro preferiría algo ménos perfecto en la forma y más perfecto intelectualmente... Pero dejemos á un lado vuestros amores y ocupémonos algo de vuestra seguridad personal... Ayer visité á Roberto de Meillant.

—¿Y qué?

—No se ocupa más que de Blanchard. Visita de vez en cuando al juez de Instrucción, al presidente de Sala y á los jurados, que no le hacen caso. Sin embargo, ayer me pareció que estaba más satisfecho que de costumbre.

—¡Ah!—dijo Lorenzo.

—Que os denunciáis, querido amigo, y olvidáis que siempre os habéis negado á hacerme revelaciones acerca del asunto del boulevard Bessières. Son inútiles por completo; pero, á pesar de ello, continuáis en el mundo. El bueno de Meillant tiene esperanzas de conseguir la libertad de Blanchard. ¿Ha dado acaso ya con el verdadero culpable? Lo ignoro. Se obstina en guardar silencio respecto de este asunto, y desespéro de merecer sus confianzas. Este mos, pues, en guardia y no despreciemos nada que pueda conducir á alejar á nuestro común enemigo. Hasta hoy puede decirse que llevamos ventaja en la partida.

—Es muy difícil separar dos personas que se adoran...—observó el marqués de R...

—¿A quién se lo decís?—replicó Florina.

—Las insinuaciones, los anónimos, no hacen mella en un carácter como el de Roberto. En cuanto á los rumores esparcidos aquí y allá, no llegan á él, ó, si llegan, no puede admitir que se refieran á la señorita Guérin.

—Sí—dijo Florina en tono sentencioso.—La calumnia no llega á ciertas mujeres. A propósito, ¿conserváis todavía vuestro cuarto en la calle de Chateaudun?

—Sí.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Un salón y dos dormitorios.

—¿Comunica con el de la calle de la Victoria?

—Sí.

—¿Y nadie conoce sino vos esta comunicación?

—Nadie.

—Perfectamente. Alquilad primero el de la calle de de Chateaudun.

—¿Para qué?

—Ya lo veréis.

XXII

Sofía Blanchard recibió noticias de su marido, avanzado ya el invierno. Las trajo el correo en carta de muchas páginas.

«Querida mujer—decía:—cumpla la promesa que te hice de escribirte cuanto de bueno

ó malo me ocurriera desde el día de nuestra separación. Pensaste que no sería tanta mi soledad, ni tan triste mi desamparo, si hablaba contigo, y que tú hallarías un lenitivo á tu pena en estas cartas. Quizás tienes razón. Obedezco tus indicaciones en esto como en todo. Has sufrido mucho por mí, y lo menos que puedo hacer es someterme á tu voluntad.

«Ignoro si esta carta llegará á poder tuyo. La Administración no gusta de que los deportados den detalles muy completos de su existencia. Suelen formularse quejas, y ¿quién evita que lleguen á Francia? Como nuestra correspondencia pasa por sus manos, es probable que la mía sea detenida, á ménos que un marinero de á bordo no se encargue de su destino.

«Mi permanencia en la isla de Ré ha sido muy penosa, pero no larga. Como supiste por las líneas que te escribí antes de mi partida, nuestro embarque se verificó en los primeros días de Septiembre.

«De la isla de Ré fuimos conducidos á la de Aix, en la embocadura del Charente, donde se hicieron cargo de nosotros para llevarnos á la fragata destinada á transportarnos de Francia á Nueva-Caledonia.

«La mayor parte de mis compañeros... ¡qué compañeros!... ¡en fin, no puedo llamarlos de otro modo! miraban el viaje con alegría, reían, cantaban, y echaban al aire sus sombreros. Nada podía calmar su exaltación; ni los castigos que se les imponían, ni los golpes que se repartían á unos y á otros, y de los cuales alguno me ha tocado.

«Y, sin embargo, yo no gritaba, ni cantaba, ni agitaba mi sombrero: mi tristeza era mayor que nunca ante la idea de que el buque donde navegaba iba á llevarme lejos, muy lejos de ti... á separarme para siempre del único ser que me ha amado.

«Una vez en la fragata, subimos al puente, acompañados de nuestros vigilantes, quienes nos hicieron colocar en dos filas para pasar lista. Éramos trescientos cuarenta los sentenciados á trabajos perpetuos ó temporales.

«Durante estos preliminares, oíanse por todas partes los gritos de los oficiales y de los contramaestres. Los soldados de infantería de Marina, arma al brazo, se distribuían por el puente, y la tripulación, obedeciendo á los pitos, iba de popa á proa. Levantóse el ancla y se dispusieron las velas. Íbamos á dejar la costa, á emprender un viaje de muchos meses, terrible aun para los más fuertes.

«Quería ver desde el puente desaparecer la orilla y darte mi último adiós; pero, terminada la lista antes de que el navío se hiciera á la vela, nos obligaron á bajar á nuestra prisión, que se halla situada debajo del puente, en la parte del navío denominada batería. Al entrar en ella experimenté un movimiento de espanto y de horror. Figúrate una larga galería, una especie de corredor estrecho, bajo de techo, y á derecha é izquierda, babor y estribor, como aquí se dice, cuatro grandes jaulas de hierro, semejantes en un todo á las que sirven de habitaciones á los leones y los tigres en el Jardín de Plantas. Apóyanse en el muro del

navío y reciben la luz por unos agujeros cruzados por espesas barras de hierro. Cada jaula es capaz de contener ochenta hombres.

«Nuestros vigilantes, sus oficiales con kepis galoneado, los marineros de servicio, los oficiales de á bordo y los centinelas van y vienen por entre esas filas de jaulas, y á través de los hierros debemos causarles el efecto de animales feroces. Pero para los hombres se toman más precauciones que para los animales, puesto que hay en la parte posterior de la batería colocados dos cañones dirigidos hacia nosotros, sin contar con el puesto de guardia establecido en el centro de la batería, en una especie de medio punto, al pie del palo mayor.

«No discuto estas medidas: las consigno únicamente. Reconozco que son indispensables para la seguridad del navío y para la existencia de la tripulación. Si se relajase por un momento la disciplina, si pudiera tener seguridades de éxito un motín, todos los hombres que me rodea, dóciles en apariencia, con la espalda inclinada, casi entumecidos, tendrían un despertar terrible.

.....
 «Durante los primeros días de la travesía he sufrido mucho. Era la primera vez que viajaba por mar, ¡y en qué condiciones! ¡Encerrado en un espacio de pocos metros y confundido con otros muchos! ¡Qué desorden! ¡Qué confusión cuando el tiempo era malo! Y por espacio de quince días tuvimos gruesa mar.

«Los que, echados ó sentados, apoyándose en las rejas, intentaban levantarse, caían á tie-

rra ó sobre los otros, haciendo salir del aturdimiento en que yacía á algún pobre diablo. Y digo aturdimiento, porque no me ha sido posible gozar de verdadero sueño más que algunas horas. No es posible que tantos individuos puedan ponerse de acuerdo para dormir á la vez. Mientras unos intentaban cerrar los ojos, otros hablaban, se llamaban, se interrogaban, y á cada movimiento de balance nuestros cachivaches rodaban por la jaula, produciendo un estrépito espantoso. Las pisadas de la tripulación sobre nuestras cabezas, y los centinelas paseándose en todas direcciones y siempre cerca de nosotros, hacían imposible el sueño. Suplicio que había que añadir á los demás.

«Cuando hacía mal tiempo, nos era prohibida nuestra única distracción, el paseo de dos horas sobre el puente. Permancíamos encerrados en nuestras jaulas, ó mejor dicho en nuestras tumbas, porque la obscuridad en ellas era casi completa; cesaba el temporal y empezaban de nuevo nuestros paseos. Abríanse los tragaluces y el tumulto se hacía menor.

«Jagon ocupaba la misma jaula que yo. Es quizás, de todos nosotros, el que ha sufrido menos durante el mal tiempo. Dice que ha hecho durante su juventud muchas travesías, y se las echa de marino. Y con efecto, en los días de gruesa mar, sabe unir las rodillas, separar las piernas y dejarse llevar del movimiento del barco sin caer jamás.

«Conserva el buen humor de que hacía alarde en la Grand Roquette desde el principio de la navegación. Se burla de todo, del mal tiem-

po, del ruido, del insomnio, de la escasa alimentación. Todo le es indiferente, ó, mejor dicho, todo le parece bien.

«—He pasado días peores en Africa—dice alegremente.—Cuando recorría el desierto de Nubia con mi caravana de esclavos, si alguien nos hubiera hablado de una comida como la que acabáis de hacer, nos hubiéramos considerado dichosos. Al comparar mi situación de hoy con la de entonces, me creo en el Paraíso.

«Llama á esto Paraíso, y desearía que no me quejase de haber sido arrojado en él. No me quejo, y ménos á él. Procuro no dirigirle la palabra, y ni le miro siquiera.

«Insiste en llamarse inocente, aun entre nosotros, de quienes nada puede temer. No lo creo. Estoy persuadido de que este hombre es causa de mi desgracia y que me ha perdido para salvar á otro.

«Estamos cerca de la isla de Tenerife, la mayor de las islas Canarias, en la costa de Africa. Parece que nuestro buque va á hacer escala durante veinticuatro horas.

«Empieza á notarse entre nosotros cierta sobrexcitación. Cambianse signos, se cuchichea y la animación es desusada. Los ánimos están excitados como el día en que salimos de la isla de Ré.

«No me sorprenderá la nueva de una tentativa de evasión. Rodéase á Jagon y se le piden informés acerca de la costa vecina, que dice conoce.

XXIII

«No me había engañado. Tratábase de un complot de evasión.

«Diez de entre nosotros habían concebido el proyecto de ganar la costa á nado en el momento en que la fragata entrara en las aguas de Tenerife.

«El proyecto era insensato, pues no tenía probabilidad alguna de éxito. Los que lo habían pensado trataban de que Jagon les siguiera; pero él se negó resueltamente, y he podido sorprender la conversación que sobre el asunto ha tenido con sus compañeros.

«Los criminales que me rodean me quieren poco. Quéjense de mi reserva, de mi tristeza y de que soy poco comunicativo; pero me creen incapaz de hacerles traición. Muchos me conocen desde Clairvaux y responden de mí. Uno de ellos ha referido que el día de mi salida de la cárcel partí, con él y con otro de sus compañeros sin recursos, el dinero que poseía. Esta generosidad ha encontrado agradecidos. Así que, si no se cuenta conmigo para el complot, al menos no hay temor de hablar delante de mí. He aquí lo que he oído.

«—Ven con nosotros—decía uno de los deportados á Jagon.—Eres fuerte, resuelto y el único que conoce el país que vamos á buscar. Tú nos servirás de mucho.

«—Tengo que confesar una cosa — respondió Jagon. — Ya en Tenerife, si los habitantes de la isla no nos conocen, lo que es problemático, y si las autoridades españolas, lo que no es probable, dejan de dar parte á las autoridades francesas, podría seros útil. Tardaríamos poco en llegar á tierra firme, es decir, á Africa, al Sur de Marruecos, y pronto nos encontraríamos en el desierto de Sahara. Lo he atravesado para dirigirme á Tomboucton, y os enseñaría el medio de no morir de hambre, de sed, de insolación ó de fatiga.

«—No te pedimos más. Acompáñanos.

«—Permitidme. Todo esto es muy bonito, pero antes de llegar á Africa es preciso tocar en Tenerife, y esto es lo difícil. Es lo mismo que si pretendiéramos limar uno de los barrotes de nuestro calabozo. Todos lo deseamos. Esperamos á que el navío esté cerca de la costa, y aprovechando las tinieblas escapamos de nuestra jaula. Seguimos el casco de la fragata y nadamos tranquilamente hacia la costa.

«—Sí, eso es... ¿Y bien?

«—Nada: que nos sorprenden los centinelas de á bordo, disparan sobre nosotros, dan aviso... todas las barcas de transporte se lanzan en persecución nuestra, y un cuarto de hora después hemos sido cogidos y encerrados de nuevo.

«—No es, sin embargo, la primera vez que se ha conseguido la libertad de esta manera — replicó uno de los deportados.

«—Citadme alguna evasión de este género que haya dado el resultado apetecido, y soy

de los vuestros; pero pronto. Todo favorece. La noche es obscura, el tiempo malo; el ruido del viento al azotar las cuerdas, el choque de las olas contra el casco del navío, la gran voz del mar, como dicen los poetas, ahogarán el rumor que levante nuestra fuga. Después hay que nadar suavemente, en silencio, y á veces debajo del agua, para evitar que puedan verse las cabezas. ¿Sabéis qué distancia hay que recorrer?

«—No; pero no puede ser grande.

«—De ochocientos á novecientos metros próximamente — dijo Jagon. — Casi mil. Esto os parece poco, pero es enorme en ciertas ocasiones. ¿Y sabéis si os será propicia la marea, si no os llevará más lejos, si no encontraréis una corriente insuperable y si, ya en la costa, podréis arribar? Lo dudo. Conozco muy bien la costa. En vez de hallar una playa ante vuestra vista, encontraréis un muro infranqueable hacia el cual, arrastrados por las olas, os estrellaréis.

«—Eres poco animoso — interrumpió un condenado.

«—Soy veraz — contestó Jagon. — Me consultáis un proyecto, y debo ilustraros como buen compañero. Esperad. Dentro de algunas semanas nos encontraremos en el Cabo de Buena Esperanza. Quizás allí podamos entendernos. En todo caso, una vez en Nueva-Caledonia, os aseguro que no habéis de haceros viejos allí.

«—¡Hasta entonces! — dijo uno de los compañeros. — ¿De modo que no queréis ser de los nuestros?

«—No, porque me invitáis á recibir un bala-azo en la cabeza cuando nade, ó uno en el pecho por rebeldía cuando sea capturado, y esto no me conviene. Me ofrecéis más: el riesgo de ser víctima de un tiburón ó del golpe de una ola contra las rocas, y esto tampoco me parece bien.

«—Eres descontentadizo—dijo uno de los deportados.

«Acercóse un vigilante, y Jagon procuró hacer reír á sus compañeros para alejar toda sospecha. Cuando el vigilante desapareció, continuó Jagon:

«—Tengo poca afición á la muerte. Si estuviere harto de la vida, hubiese dejado que me ejecutaran en la plaza de la Roquette, en vez de procurar la conmutación de la pena. Ahora me proponéis que me condene de nuevo á muerte... ¡muchas gracias, amigos!

«—Y si persistimos en nuestro propósito... ¿nos ayudarás á realizarlo?

«—¡Oh... desde luego! Yo no abandono jamás á mis compañeros. Contad conmigo. Ayudaré á limar los hierros, á facilitar vuestra fuga y á ocultarla hasta donde sea posible. Os dibujaré un pequeño plano de la costa; os indicaré el medio de ocultaros en la isla si sois tan afortunados que lleguéis hasta ella; todo cuanto queráis, menos huir con vosotros. Cada cual se defiende como puede... ¡Silencio! Se nos observa.

«Los interlocutores se separaron poco á poco después de esta indicación. Jagon permaneció en el mismo sitio, y pronto se encontró

solo cerca de mí. Miróme un instante, sin rencor, sin dureza, y, dirigiéndome por primera vez la palabra,

«—Hubieras deseado—dijo—que formara parte del complot, ¿no es cierto?

«—¿Yo? ¿Por qué?

«—Porque deseas verte libre de mí para siempre.

«—¿Y qué adelanto con vuestra muerte?

«Meditó un momento y murmuró estas palabras:

«—Es verdad. Estás interesado en que viva. ¡Quién sabe lo que puede pasar!

«Le invité á que se explicara y se negó, incorporándose á un grupo de deportados á quienes iban á conducir al puente los vigilantes.

«Cuando un detenido ha formado un proyecto de evasión, renuncia difícilmente á él. El pensamiento, vago en un principio, toma cuerpo y se convierte pronto en idea fija. Nada le hace desistir; ni los consejos, ni el temor de la pena, ni el de la muerte. Los deportados, á pesar del consejo de Jagon, no renunciaron tampoco á su proyecto.

«Al día siguiente empezaron los trabajos para realizarlo. A todos los ruidos que mantenían mis insomnios se unió el del acero mordiendo el hierro. Para tener más luz, y con objeto de respirar mejor, elegí uno de los tragaluces, y precisamente aquél fué el primero cuyos barrotes se propusieron limar. Ni los centinelas, ni aun muchos de los que estaban en aquella jaula, oían aquel ruido sordo y frecuentemente interrumpido que llegaba hasta mí por el lu-

gar que ocupaba, y porque estaba enterado de aquel trabajo.

«Nos hallábamos cerca de Tenerife. Era indudable, por los preparativos hechos á bordo y las conversaciones de los marineros, que la fragata hacia escala en aquella isla. Así es que el trabajo nocturno de la lima contra el acero era más continuo, y se aumentaban los preparativos que habían de favorecer la evasión.

«Según Jagon había aconsejado, los fugitivos debían en el momento crítico desnudarse y arrojar al mar completamente desnudos. Tenía la evidencia de que una prenda de vestir cualquiera que estorbara los movimientos sería obstáculo bastante para llegar á tocar en la costa. Pero habíase convenido en que cada uno haría un paquete de su pantalón y de su camisa y se lo colocaría con una cinta en el pecho.

«Colocado así y empapado pronto en agua, formaría una especie de cinto de salvación de cierta resistencia, y que serviría de punto de apoyo al nadador. Al propio tiempo, y merced á esta precaución, el fugitivo, una vez en tierra, podría vestirse y entrar en los lugares habitados.

«Un día que paseábamos por el puente apareció ante nuestros ojos Tenerife, con su pico volcánico, tan alto como una de nuestras grandes montañas. Al regresar á nuestra batería vimos por los tragaluces dibujarse y hacerse cada vez mayor la montaña y la costa. Por último, dejóse ver á lo lejos la ciudad de Santa Cruz. La fragata disparó cañonazos que fueron contestados. La mar se hizo más tranquila, y

pronto comprendimos que se había echado el ancla.

«Resolvióse la fuga para la noche, ante el temor de que la fragata emprendiera de nuevo su viaje al día siguiente. El tiempo parecía propicio, el cielo estaba cubierto de nubes, la noche oscura y el viento silbaba apagando otros ruidos.

«Serían las once. Una patrulla de marineros, seguidos de algunos vigilantes, pasó por delante de las jaulas y desapareció por detrás de la batería. A poco rato, seis hombres (el número de fugitivos se había reducido) se deslizaron junto á mí, y, ocultos por muchos compañeros que formaban una especie de muro delante de ellos, empezaron sus últimos preparativos.

«Algunos momentos después, dos de las barras del tragaluz caían á impulso de un ligero empuje, y aquellos hombres se arrojaban al mar.

XXIV

«Hay que reconocer que, si Jagon se había negado á tomar una parte activa en la fuga que acababa de realizarse, no había omitido medio para facilitarla y protegerla. Así es que, apenas hubo desaparecido el último de los fugitivos, se apresuró á poner á cubierto su complicidad. Después, y á una señal suya, empezaron á gri-

tar muchos detenidos, como si ventilaran alguna gran cuestión.

«Este ruido inopinado de la batería, siempre en silencio á tal hora de la noche, tenía por objeto llamar la atención de los vigilantes hacia un solo punto y evitar que oyeran otro ruido. Los centinelas mismos que se paseaban sobre el puente, al oír debajo de ellos, cuando todo reposaba á bordo, rumores á que no estaban acostumbrados, se detendrían, escucharían y cesarían de mirar, según su consigna, en dirección del mar.

«Los vigilantes de guardia en el centro de la batería se dirigieron apresuradamente hacia nuestra jaula.

«Disputaban algunos hombres entre gritos y amenazas. Mandóseles callar, no obedecieron; pero, amenazados por los guardias de ser encerrados inmediatamente en el calabozo, tranquilizáronse poco á poco y en seguida se restableció el orden.

«El oficial de los vigilantes, á quien se había dado aviso, tomó nota de los números que habían suscitado la disputa, con objeto de imponerles al día siguiente el castigo merecido, y se retiró á su camarote. Al tumulto de antes sucedió el más absoluto silencio. Sin embargo, más de treinta presos, sabedores del hecho, no pensaban en dormir, y escuchaban y esperaban con ansia el resultado. Yo participaba de sus emociones. Podía decir: «No tengo nada de común con estos individuos: son culpables y yo soy inocente; son ladrones, falsificadores, asesinos, miserables, y yo soy un hombre hon-

rado». Pero lo cierto es que en aquel momento participaba de su suerte, vivía con ellos y sufría como ellos, interesándome en sus esperanzas y en sus temores.

«Sí, á mi pesar, hacía causa común con aquellos hombres. Deseaba que la fuga tuviera el resultado apetecido; que los vigilantes, los soldados, los marineros, los oficiales, el comandante, todo lo que representaba á bordo la Autoridad, recibiera una lección. Era cómplice de aquellos malhechores. ¿Por qué obligarme á esta sociedad? ¿Por qué condenarme á vivir en su compañía? Encerrado con los lobos, anllaba como ellos.

«En el puente, sobre nuestras cabezas, los centinelas daban su paseo reglamentario. Oíanse sus pasos, y de cuando en cuando el golpe de un fusil sobre el suelo.

«En el mar, silencio absoluto, interrumpido por el golpe de las olas en el casco del navio.

«¿Se había logrado la fuga? ¿Tocarían en la costa nuestros compañeros?

«Habían transcurrido diez minutos desde su evasión, y en todo caso debían estar ya muy lejos.

«Unos á otros nos mirábamos como diciendo: *¡Todo va bien! ¡Magnífico!* Muchos se arrepentían de no haber imitado á los fugitivos. De repente oyóse un grito sobre el puente. Los centinelas interrumpieron su paseo, sonaron los pitos, y al silencio de la noche siguieron los ruidos del día.

«Ocurría algo de extraordinario. Indudablemente habían sido descubiertos los fugitivos.

«Con el oído experto de los presos que oyen todo lo que no pueden ver, sienten y adivinan cuanto se les oculta, comprendimos que se echaban botes al mar y que entraban en ellos marineros.

«Seguramente íbase á dar caza á los fugitivos descubiertos por algún centinela.

«Los que alimentaban esperanzas de éxito las perdieron.

«Pronto se hizo general el movimiento que reinaba en el puente.

«Muchos oficiales de á bordo, seguidos de marineros y de soldados de infantería de Marina, entraron en nuestra batería por la escala que comunicaba con el puente. A la vez se presentaban por todas partes nuestros vigilantes.

«Antorchas y linternas, que llevaban la mayor parte de los marineros, iluminaron nuestra oscura prisión.

«Oficiales, soldados, marineros y vigilantes se dividieron en cuatro grupos, que respectivamente se dirigieron á cada una de nuestras celdas y dieron orden á los deportados de levantarse y de colocarse junto á los hierros.

«Una vez así alineados, se nos contó uno por uno. Tres de las jaulas estaban completas.

«En la cuarta, la nuestra, no había más que setenta y cuatro hombres en vez de ochenta. Los fugitivos eran seis y habían realizado su propósito por uno de los tragaluces.

«Íbamos á pagar por ellos hasta que pagaran por sí mismos si se les daba alcance y si vivían.

«El oficial de los vigilantes dijo levantando la voz:

«—¡Todos al puente, y el primero que hable es fusilado! Ya sabéis el reglamento en caso de complot á bordo.

«Salimos de nuestros encierros, subimos la escalera y nos hallamos en medio de una doble fila de marineros y soldados arma al brazo. La noche era fría, el viento fuerte. La mayor parte de nosotros tiritábamos de frío. Jagon, por el contrario, dijo:

«—¡Perfectamente! Aquí se respira. Este pequeño paseo nocturno puede sernos saludable.

«El cordón de soldados que nos rodeaba no era tan compacto que impidiera la vista del mar. Distinguimos las embarcaciones de la fragata, iluminadas y bogando en distintas direcciones. A poco rato, una de ellas, ya porque hubiera encontrado á los fugitivos, ya porque renunciara á su persecución, se dirigió hacia la fragata. Un momento más y nos era conocida la suerte de nuestros compañeros.

«Debajo de nosotros, los herreros y cerrajeros del buque reparaban los barrotos de los tragaluces de nuestra batería. La embarcación se acercaba, seguida de otras dos que se le habían unido. Algunos instantes después echaban la escala y dejaban en el puente cuatro de los seis fugitivos, desnudos y ateridos de frío. Uno de ellos, llevado, más bien que sostenido, por dos hombres, estaba á punto de afixarse.

«El comandante dió orden de que fueran conducidos á la enfermería. La humanidad mandaba curar antes de castigar; pero nada perdían con esperar.

«Faltaban dos. ¿Se habían ahogado? ¿Habían logrado ganar la costa? No tardaría en saberse. Por el momento, y por medio de señales, se dió orden á las embarcaciones exploradoras de que se reuniesen de nuevo á la fragata.

«A las cinco de la mañana volvimos á la batería, y yo á ocupar mi sitio acostumbrado debajo del tragaluz, recompuesto y armado de nuevas barras de hierro. Se nos dijo que durante quince días estábamos privados de la ración de vino y café que se sirve á los deportados por la mañana.

—«Yo no bebo nunca vino, y el café me excita—dijo Jagon.

«Y era verdad. Muchas veces le había visto ceder á algunos de los deportados su vino, y la mayor parte de sus raciones. Es un hombre de extraordinaria sobriedad y de temperamento ascético.

«La privación del vino y del café no bastaba. Como era imposible dar con los verdaderos cómplices en la fuga, se resolvió hacer responsables á los que habían fingido la disputa en el momento en que aquélla se verificaba. Esto era justo, puesto que la fingida cuestión no había tenido otro objeto que distraer la atención de los vigilantes.

«Unos fueron condenados á los hierros, otros á palos. El calabozo de cala se destinaba á los fugitivos; pero éste no era el calabozo ordinario, donde al menos puede el preso echarse en el suelo: era el calabozo con las balas, la caja de las balas, es decir, el calabozo en que el

suelo es reemplazado por balas de cañón. Se toma asiento, se anda y se duerme sobre las balas, suplicio insufrible que hace temblar á los más endurecidos y á los más insensibles al dolor. Sin embargo, los deportados no tenían por qué quejarse del comandante. Otro los hubiera fusilado.

«Al siguiente día, la marea arrojó en el puerto de Santa Cruz los cadáveres de los dos últimos fugitivos. Uno se había ahogado antes de ganar la costa; el otro, al llegar á tierra, se había destrozado la cabeza contra las rocas.

«Al mediodía, la fragata levantó anclas y se hizo á la mar. Las tentativas de fuga habían indudablemente modificado los propósitos del comandante, que hizo menor escala en Tenerife de la que pensaba.

XXV

«Jagon fué el único que sacó partido de la tentativa de fuga. Todos recordaban sus esfuerzos hechos por convencer á los fugitivos de lo imposible de sus proyectos, y sobre todo sus predicciones sobre el resultado que alcanzaria la evasión.

«Todas, una por una, habíanse realizado, dando el resultado mayor consideración al que las había hecho. Los deportados comprendieron que Jagon era un hombre superior á ellos en inteligencia y en educación, experimentado en